

del hogar doméstico, todas las encuentra propicias al pecado, y la excluye de ellas. Casada, la considera una *cosa* del marido, un siervo sobre el cual tiene mero y mixto imperio...

Nofo algo de consolador, que alienta la esperanza: el hecho de que ninguna persona culta é imparcial que examine despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama *feminista* y que no debiera llamarse más que *humano*. ¡Saltan á la vista de tal manera los absurdos ilógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría á un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores.

En justicia debo añadir que la costumbre es peor ó mejor que la ley, pero siempre manda más y ejerce superior influencia. — No ha mucho leí en una Revista extranjera de sociología que en España á la mujer no se le permite asistir á los establecimientos de enseñanza del Estado. Es inexacto: la ley lo permite; no excluye á la mujer del Instituto, ni de la Universidad; la mujer puede ser bachiller, licenciado, doctor, en Medicina, en Derecho, en Filosofía y Letras. El obstáculo no está en la ley, sino en la costumbre. Pueden ir, pero no van. Esto es más deplorable que si mediase una prohibición; la prohibición desaparecería; el retraimiento manso, rutinario, obstinado, resiste mejor al progreso, y no se sabe por dónde atacarlo, por dónde derrocarlo de su altar de piedra. No debe alegarse, para explicar tal retraimiento, la contradicción de que no sea permitido á la mujer ejercer una profesión para la cual, oficialmente, se le ha reconocido aptitud, después de esfuerzos y dispendios iguales á los de sus discípulos varones; la contradicción existe, es muy cierto, pero su misma enormidad haría que fuese fácil establecer el derecho, si algunas mujeres, adquirida la aptitud, reclamasen y exigiesen con perseverancia su ejercicio. Mientras nadie reclame, el absurdo estará en pie. Ya ejercen la Medicina algunas, contadísimas mujeres: lucharon al pronto con la rutina, y triunfaron. En Madrid tiene clientela y crédito la doctora en Medicina Aleixandre; las pocas doctoras en Derecho, como no intentaron la campaña, se están en su casa con su ciencia, sin aplicarla, no digo yo á ganarse la vida, sino á algo que me parece de mayor interés: á sentar el precedente y afirmar el derecho.

Volviendo al libro del Sr. Díaz Enríquez, lo considero utilísimo: toda mujer — soltera, casada, viuda, monja — debiera tenerlo en el estante de su habitación, en los cajones de su mesa, en su costurero. Conocer la ley, penetrarse de ella (así sea injusta), es ya un modo de defenderse de sus injusticias y caminar hacia su reforma. El peor sistema es el de ignorarla, de dormirse tranquilamente, y despertar chillando cuando la máquina legal nos coge por medio del cuerpo y nos tritura.

Las leyes nos importan demasiado para que no las consagremos un ratito de atención. Abramos el libro del Sr. Díaz Enríquez. Vamos á encontrar en él cosecha de perlas. Ensartemos unas cuantas, sin comentarios.

La investigación de la paternidad natural está prohibida. La maternidad, en cambio, es siempre investigable. Si el padre y la madre reconocen al hijo natural, la patria potestad corresponde al padre. La madre, deshonrada ante el mundo por el nacimiento del hijo, no disfruta, sin embargo, de derechos. «La amplitud — dice el expositor — que se concede para la investigación de la maternidad, contrasta con las restricciones establecidas por el Código civil para la de paternidad.» Las mujeres no pueden ser testigos en los testamentos, salvo *por caso de epidemia*. Para que la mujer sea albacea, tiene: ó que estar separada legalmente de su marido, ó conseguir la licencia marital. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, no pueden dejar la casa paterna sin licencia del padre ó de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado. (Este fué el célebre caso Ubao, que puso en claro que legalmente sólo es *estado* el matrimonio.) La mujer no puede ejercer la tutela, salvo en dos casos excepcionales. En la tutela de los nietos es preferido el abuelo á la abuela, y la abuela de la línea paterna á la de la materna. (Que ya es llevar la sutileza hasta lo más puntiagudo.) La mujer no puede formar parte del Consejo de familia. No puede pertenecer á una Cámara de Comercio. No puede ser síndico en juicio de concurso ó quiebra, aunque en él tenga comprometida su fortuna. — La esfera de la igualdad, para la mujer, es la del Derecho penal. Sus delitos y crímenes se castigan con tanto rigor como los del varón; en cambio, los

delitos especiales contra la mujer, contra lo que en ella más se estima, están penados con penas leves. El honor de una doncella robado por un superior (sacerdote, tutor ó maestro), valen como máximo cuatro años de prisión correccional. El *engaño* á una mujer que ya no es doncella, como máximo, seis meses. El padre que mata á una hija menor de veintitrés años porque la sorprende con su seductor, sólo es castigado con destierro. La infidelidad del marido no siempre es delito, la de la mujer sí. El marido que mata á la infiel sólo incurre en destierro; en la mujer el mismo acto se llama parricidio y puede conducir al patíbulo. El Código impone á la mujer obediencia á su marido; el marido no está obligado sino á protección, sin que la ley defina qué género de protección es esta. Es una relación de inferioridad constante la de la mujer con respecto al marido, en lo legal (sean cuales fueren las costumbres).

El marido administra los bienes de su mujer (excepto los paternos). La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido, y reside donde él quiere. No puede sin licencia comparecer en juicio por sí ó por medio de procurador; ni adquirir, ni enajenar, ni obligarse por contrato. La patria potestad corresponde al marido solamente.

En el libro á que estoy refiriéndome, en el cual se exponen el derecho civil, el penal, el mercantil, el canónico, en su relación positiva con la mujer, echo de menos una hoja (en ella cabría) consagrada al derecho político. Lo absurdo de la situación femenina resultaría de bulto en esa hoja, donde aparecería la mujer sin derecho á votar y con derecho á reinar y regentar el reino: la más extraña de las infinitas contradicciones del derecho femenino.

Insisto en ello; las leyes no son buenas, las costumbres todavía son peores; sobre la base de la legislación española podría la mujer subir bastante, socialmente hablando, y llegar á modificar el derecho en el sentido de la equidad. Los Códigos oprimen á la mujer como cuatro, el hábito secular como veinte. — El caso de la no asistencia á los establecimientos de enseñanza, de que antes hablé, y la apatía en reclamar el ejercicio de profesiones obtenida la aptitud, prueba que es exacta mi apreciación.

Por el camino de la igualdad pedagógica é intelectual en la clase media, y de la igualdad económica en el proletariado, se iría muy lejos en la reivindicación de los derechos de la mujer en otras esferas. Lo segundo creo que viene infaliblemente, opóngase quien se oponga: viene con la marea imponente de la transformación económica; no se evita. Lo primero, en España..., sólo Dios sabe cuándo y cómo podrá venir.

Y á mi ver, hay que reirse de los demás problemas nacionales: la clave de nuestra regeneración está en la mujer, en su instrucción, en su personalidad, en su conciencia. España se explica por la situación de sus mujeres, por el *sarracénismo* de sus hombres.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE DERECHO

Ando yo siempre temerosa de recomendar ó censurar libros, sobre todo de autores vivientes que se cuentan en el número de mis compatriotas, porque una experiencia tan triste como prolongada sirvió para demostrarme que, no ya los censurados, sino los mismos elogiados, se convierten para quien los ensalza en fieros, irreconciliables enemigos. Dejo correr el río de la literatura, que lleve sus ondas en la dirección que Dios le depara, sin enturbiarlas con todo lo que se me ocurre de crítica y de juicio, porque además el curso de los años nos inclina á la severidad y nos vuelve descontentadizos, y á cada instante mi *escarpelo* se volvería doblemente cruel en sus tajos y cortes.

Pero el tomo que ahora tengo á la vista no es un libro..., entendámonos, no es un libro de *letti*, sino de utilidad, consulta y meditación. Detrás de sus hojas no se esconde una vanidad exacerbadada. Se titula *El derecho positivo de la mujer*, y es su autor D. Dionisio Díaz Enríquez.

Al repasarlo me entran tentaciones de cambiarle el nombre titulándolo *El tuerto positivo de la mujer*. En efecto, lo que resalta de esta metódica exposición de las disposiciones legales que á la mujer se refieren, es la iniquidad, una iniquidad secular y consagrada, no por eso menos odiosa. En la *Introducción* nos lo dice el autor, de un modo categórico. «En la maternidad, que constituye, indudablemente, su destino natural (el de la mujer), sólo encuentra dolorosos deberes, y no derechos. Si es madre fuera del matrimonio, se le niega hasta el derecho de intentar la investigación de la paternidad del hijo. Todas las ventajas y ninguno de los gravámenes de la unión sexual ilegítima, son para el hombre; todas las vergüenzas, todas las desventuras, para la mujer. Si el hombre se decide por fin á reconocer al hijo, priva á la madre de la patria potestad que adquiere aquél por el reconocimiento, y lo que es verdaderamente cruel, puede separarlos cuando el hijo es mayor de tres años. En el matrimonio es donde halla su dignificación la madre, pero no la esposa. Esta sufre una *capitis diminutio* máxima. Nada es, ni nada puede hacer por sí. Hasta su patria la pierde si el marido es de otra distinta ó se le antoja cambiarla. Si quiere manifestar sus pensamientos por medio de la prensa, el marido puede prohibírselo. Si desea trasladarse á otra población, donde acaso se halle moribundo su padre, su hermano, alguna persona de su afecto, el marido puede impedirlo. La situación de la mujer casada es horrorosa, cuando el egoísmo del marido sobrepuja á su amor.» Y con aguda observación añade el señor Díaz Enríquez: «Todavía más absorbente que la ley, es el sentimiento popular. Este sentimiento exige á la mujer el heroísmo. Si no es heroína..., es *cualquier cosa*. Soltera, la quiere recatada hasta la hipocresía, y sin embargo, doquiera que la halla sola conspira contra su recato. Fuera de las ocupaciones